

CATEGORÍA: RELATO CORTO

TÍTULO DE LA OBRA: "LA PRIMA DE RIESGO".

EDAD: 55 (¿Demasiado viejo para un cuento de amor?)

PSEUDÓNIMO: SARA KOPS

¿Qué confianza tiene usted en el futuro?

Por supuesto dije que mucha. Realicé mi juramento de fidelidad al euro al terminar la conferencia levantando en varias ocasiones la mano izquierda y llevándomela hasta tocar ligeramente el pecho, como si estuviese escuchando el himno nacional o intentando cortar suavemente un atragantamiento, pero en realidad es que quería mostrar mis nuevos gemelos de Swarovski que representaban unas pelotitas facetadas de golf que emitían diez mil destellos a la luz de los focos de aquel lujoso salón de un hotel de la costa levantina. No sé si pretendía darle gusto al ego, demostrar a las ricas hembras que me escuchaban el muestrario de mis armas masculinas o dejar ciegos a los asistentes, a ver si ya dejaban de hacerme preguntas de una vez. Pero en mi posición de alto cargo del Banco de España eso es parte del trabajo: hacer las preguntas correctas, contestarlas lo más ambiguamente posible, y tratar de tranquilizar a los demás, pues para perder noches enteras de sueño ya nos bastábamos los cuatro capitostes de la economía que debíamos mostrar, de verdad o casi de verdad, que el barco marchaba bien y que Ulises volvería a Ítaca, a tiempo, para tomarse unos mariscos y un vino blanco bien frío, con Penélope.

Y al mentar a la bicha, contoneándose un poquito a contraluz de los focos que me deslumbraban en la tribuna, apareció una silueta de mujer que fue proyectando su sombra en mi cara y me obligó a mirarla y a apreciar, en silueta, los espléndidos dones de la Naturaleza que apenas podía vislumbrar: unas piernas altas, aún más por el tacón excesivo, unas torneadas caderas que indicaban su altísima probabilidad reproductiva, una cintura para enlazarla ya, unos pechos generosos de esfumados contornos, y una cara de diosa venida a la Tierra para mortificar a los varones, y también para hacerlos imaginar, lo que tardé, por las malditas luces, unos segundos en apreciar. ¡Que me pida un autógrafo!, ¡Que haya ofrecido a los dioses besar al primer desconocido que no pronuncie la palabra *crisis* durante dos horas! ¡Que se acerque más! ¡Que suba hasta la tribuna y pueda apreciar la abertura lateral de su falda! ¡Qué, qué, qué, qué, que concho, si es mi prima!

Pues sí, quién no tiene una prima en la playa que ocupó su corazón y sus ardores a los catorce años, pero que se materialice después de treinta años, y encima demuestre que aún se acuerda de ti, y te diga, con aquellos ojos chisporroteantes que antes tanto te atraían, que ha sido una conferencia magnífica, y que aunque no se ha enterado de nada, hay que ver cuánto sabes, y te proponga una cena rápida en un restaurante del puerto, y claro, aceptes y digas que sí, que sí a todo, y que dónde puedes encontrar un chino para comprarte un babero en el que recoger tanta saliva, y recibes dos docenas de parabienes y estrechas otras tantas manos sin fijarte ni guardar la menor atención porque ya sólo tienes, otra vez, ojos para ella, y vas

saliendo del salón entre sonrisas y palmaditas en la espalda, y de pronto te encuentras en la calle ruidosa, y comenzáis a caminar, y no te atreves a quitarte la corbata que te ahorca porque a lo mejor eso es lo que a ella le gusta de ti, porque el caso es que te mira, y sonríe, y comienza el test de qué ha sido de nosotros en estos últimos treinta años, y comienzas a contar lo de tu carrera bilingüe en Administración de Empresas, y los dos años de especialización en Estados Unidos, y el curso en la London School of Economics, y tu trabajo en aquella consultora en Malasia, y luego en China y más tarde en Japón, total que lo de tu reciente divorcio parece otra etapa más de tu formación, y los dos hijos que están con su madre porque tú estás siempre de viaje, y justo ahora van y te nombran número dos del Banco de España, o sea, que ahora ya apenas te mueves de Madrid, y,y,y,y,y, y ella que sólo terminó aquella carrera corta, y se colocó en el Hospital a diez minutos de su casa andando, en la misma ciudad besada por el mar que llevas grabada a fuego en tu memoria y bordada en tu corazón, y se casó con el novio de la moto, el de toda la vida, que se la llevaba a aquellos pinares de tanta sombra y olor a resina, y también tiene dos hijos, a los que no conoces, y él también trabajaba mucho en no sé qué cosa de aparatos de presión de las refinerías, y sus viajes a Oriente Medio terminaron convirtiéndose en Oriente Largo y Lejano, y también está recién divorciada, y en la cena ya te has quitado la chaqueta y la corbata, y recordáis cuando teníais catorce años, y entonces, a lo tonto, entre un flan de piñones y una copa de cava le confiesas que estabas enamorado de ella hasta la médula, y ella se ríe, y no te contesta, y se ríe y te dice de pronto:

- Mi madre está con los niños en casa. Se alegrará mucho de verte... ¿Quieres que demos un paseo por la playa..., por los viejos tiempos?

Y de pronto te encuentras con los caros zapatos italianos en la mano, donde has guardado tus calcetines, con la chaqueta y la corbata también del brazo, y guardas bien tus gemelos en un pequeño bolsillo del pantalón, y pones en perfil silencioso el móvil porque no quieres perderte sus risas, y sientes la caricia húmeda de las olas muriendo con un reflejo de luna a tus pies, y el sábulo playero adhiriéndose a tu piel y rejuveneciéndote de tal manera que terminas danzando con ella mientras le intentas enseñar a bailar sirtaki, en recuerdo de un lejano encuentro de economistas europeos en una antigua, pero brillante isla griega. Y parece que el mar conspira con su propia respiración y su ritmo para parar tu corazón y volverlo a acoplar a un movimiento que ya creías perdido para siempre...

Y os cogéis naturalmente de las manos. Nadie sabe cómo ha sido. Tal vez la luna bruñó en plata una lengua de agua que llegaba demasiado deprisa y ella dio un pequeño salto hacia ti, y un grito tímido, y tú la cogiste de la mano para ayudarla a guardar el equilibrio y ya no se la soltaste, y ves brillar las estrellas en el fondo de sus ojos oscuros, y te deslumbra su sonrisa mientras desgranáis la letanía de los recuerdos que os devuelven a aquella misma arena, a aquella misma playa donde os juntabais la caterva de primos, tíos, padres, abuelos, vecinos añadidos y cualquiera que quisiera disfrutar de la vida, y estáis ya en la mitad de aquel paseo al pasado, y volvéis al presente, y os miráis porque ya sabéis todo lo que hay que saber, y de nuevo os miráis como hace treinta años, y las olas no dejan de balbucear su ritmo de milenios, sabías con el presente porque ya han visto demasiados días y demasiadas noches, y la luna está en su pelo y brilla en sus labios. Y enlazáis también la otra mano, y os aproximáis

demasiado, y ella te pregunta en medio de la playa solitaria esa pregunta que, a diferencia, de las de tu trabajo, sí puedes contestar:

- ¿De verdad, estabas colado por mí?

Y la arena es infinita, y la chaqueta vuela sola, y la corbata se la llevan los cangrejos y los peces, y ya no te acuerdas de los gemelos ni de la economía, y solo existe ella, y sus ojos brillantes de luna y sus labios con sabor a sal. Y no quieres pronunciar la palabra amor, pero dibujas su nombre, con el dedo, entre las arenas húmedas, para que lo bese el mar, y se te conceda tu más viejo e íntimo deseo...